



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

PERDONAR NOS MANDA DIOS.

3



PERDONAR NOS MANDA DIOS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON NARCISO S. SERRA.

(IMITADO DEL HIJO PRÓDIGO DE ALARCON.)

- Representado en el Teatro Español en Noviembre de 1870.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1870.

717181

PERSONAJES.

ACTORES.

ROSARIO.....	SRA. D. ^a MATILDE DIEZ.
SIMONA.....	SRA. D. ^a EMILIA DANSANT.
GILA.....	SRTA. D. ^a PIA NAVARRO.
DON PEDRO.....	SR. D. JOSÉ VALERO.
GINÉS.....	SR. D. MANUEL CATALINA.
EL VIZCONDE.....	SR. D. FLOBENCIO ROMEA.
EL MARQUÉS.....	SR. D. JUAN CASAÑÉ.
PASCUAL.....	SR. D. MARIANO FERNANDEZ.
UN MÉDICO.....	SR. D. FRANCISCO OLTRA.

La acción pasa en Navalmorales, pueblecito cercano á los montes de Toledo.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José Serra y Ortega, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quien haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

À MI MADRE.

Acoje, madre mia,
mi humilde drama,
como pobre recuerdo
de quien te ama
sobre la tierra
más que á su propia vida,

Narciso Serra.

ACTO PRIMERO.

Casa blanca: al foro, reja por donde se ve la calle
puerta que da á las habitaciones interiores: á la de-
recha, en primer término, el cuarto del Marqués; en
segundo, la puerta de entrada; á la izquierda, el
cuarto de Rosario (con llave); en el primer acto luz
en la escena; en una de las paredes un crucifijo. Del
primero al segundo acto pasan tres años.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO y SIMONA, sentados y rezando.

PEDRO. Para que en el cielo estén
por siempre unidos y juntos
nuestros queridos difuntos.
Dios les de su gloria.

SIMONA. Amen... (Breve pausa.)

Ya se acabó la oracion.

PEDRO. Y es muy tarde.

SIMONA. Qué hora es?

PEDRO. Son las once, ves? no ves? (Mirando al reloj.)

SIMONA. Qué he de ver?

PEDRO. Las once son, (Se levantan.)

y Rosario aún no ha venido
de la maldita tertulia
de casa de doña Julia

la boticaria.

SIMONA. Haber ido
tú con ella.

PEDRO. Eso es.

SIMONA. Así
la traerías á su hora;
y no que se encuentra ahora
sola.

PEDRO. Ya se ve que sí.
No ir allí no me da pena,
á mí el tiempo se me pasa
mejor rezando en mi casa
que murmurando en la agena.
Y la niña es obediente,
humilde y respetuosa,
yo la mando cualquier cosa
y casi nunca consiente.

SIMONA. Es que eres muy regañon,
que tienes muy poca miel.

PEDRO. No, Simona, es que aquel
corazon, no es corazon.
Ella con su orgullo, necia,
cree ser mucho para otros,
y á nosotros, á nosotros,
ay! Simona, nos desprecia.

SIMONA. Que nos desprecia?

PEDRO. Sí tal;
y ese desprecio es su ruina;
la senda porque camina
es la que conduce el mal.
¿La has visto, dí la verdad,
alguna vez confundirse,
alegrarse y divertirse
con las chicas de su edad?
Nada del campo la agrada,
ó lo que es no comprendo;
en casa siempre leyendo,
nó da nunca una puntada;
algunas veces me empeño
en saber por qué suspira,
la hablo, y absorta me mira
como quien sale de un sueño:

tú, que llevas todo el peso
de la casa, eres ya vieja;
te cansas, y ella no ceja
en su indolencia por eso.
Esto, qué quiere decir?
si no hay en todo el lugar
cosa que la haga gozar
ni que la haga sonreír,
es claro que está soñando
de un modo tenaz y aleve,
con un porvenir, que debe
realizarse... no sé cuándo.

El cólera se llevó
á sus padres en un día;
su madre, pobre hija mia!
llorando me la entregó:
—sea usted su padre—dijo:
y yo se lo prometí,
lo prometido cumplí.
Yo la quiero como á un hijo,
y ella, la pérfida, ingrata,
viendo que por ella muero,
que como padre la quiero,
como á padrastro me trata.

SIMONA. Esos son extremos.

PEDRO. No,
no tienen nada de extremos.

SIMONA. Tú la quieres... la queremos
por igual, tú como yo.
¿Pues por qué yo no me quejo
de que ella á mí no me quiera?
y me quiere... á su manera,
y por eso yo la dejo.

¿Por qué á mí no me tentó
con sus dudas Belcebú?

PEDRO. ¿Por qué, mujer? porque tú
eres más débil que yo;
porque tu cariño abona
todos sus gustos y antojos,
y por que tienes los ojos
yo no sé dónde, Simona.

SIMONA. No haces más que explotar.

- PEDRO. Y qué quieres? ese es mi...
mi lado flaco.
- SIMONA. Y así
das á las gentes que hablar.
No sé, viendo lo que pasa
aquí el Marqués, nuestro herido,
cómo es que no ha conocido
que no hay paz en esta casa!
- PEDRO. No habrá fijado atencion,
en sus males al pensar,
ó si lo ha visto, callar
es de buena educacion.
- SIMONA. Y qué fino es, tiene un tino
en todo tan delicado...
es muy fino.
- PEDRO. Demasiado.
- SIMONA. Cómo?
- PEDRO. Nada, que es muy fino.
Herido me le encontré,
reventada la escopeta,
en el pecho la baqueta,
le traje aquí y le curé.
- SIMONA. Y todo lo necesario
ha tenido aquí.
- PEDRO. Sí, sí.
- SIMONA. Contento estará de mí
y mucho más de Rosario:
con cuánto, con cuánto amor,
por dar descanso á su abuela,
pasaba noches en vela...
- PEDRO. Bah! como que era un señor
por quien las pasaba.
- SIMONA. Y qué?
siempre las pasaba.
- PEDRO. Cierito:
otro, aunque se hubiera muerto...
pero un señor... ya se ve.
- SIMONA. Hum... siempre tú mal pensado.
- PEDRO. Es que me saca de tino...
- SIMONA. Dale, el Marqués es muy fino,
es muy fino.
- PEDRO. Demasiado!

ESCENA II.

DICHOS, GILA, PASCUAL.

GILA. Anda, déjame. (Corriendo á refugiarse en Simona.)

SIMONA. Eh! qué es esto?

GILA. Es... es... él.

SIMONA. Pascual?

GILA. Pascual.

PASC. Yo? Perdon si...

GILA. Está furioso,
y me queria abrazar
ántes de casarnos; vaya,
esto es una iniquidad.

PASC. Perdona, estoy convencido
de que soy un animal;
pero el diablo, y la ocasion,
y la tentacion... y la...
Gila, ya ustedes lo saben,
es mi novia, y voto á san!
no ha querido á novia novio...
con más fatigas y más...
como paso yo por ella,
y todo por aguardar
á que junte un dote.

PEDRO. Justo,
no hay cosa más natural.

PASC. Si lo será, pero á mí
me muele tanto esperar.
Estaba allá en la cocina,
y dale que le darás
al cazo y la cacerola
para hacernos de cenar,
y se arremangaba un brazo
con un garbo y una sal...
y van y vienen cantares,
y entre uno y otro cantar
se me marchó la cabeza
á pájaros, y allá va;
la quise dar un abrazo,
que es un pecado venial...

entre dos que bien se quieren...
tengo razon... no es verdad?
Pero como ella es así...
tan fuerte, tan montaráz,
me arrimó un cachete... vamos,
que me ha hecho ver la mitad
de estrellas que hay en el cielo,
y se ha venido á amparar
de ustedes.

SIMONA. Y ha hecho muy bien,
y solamente ha hecho mal
en no haberte dado treinta
pescozones.

PASC. Arre allá;
pues si aún tengo este carrillo
que echa chispas.

SIMONA. Pues no hay más.

PEDRO. Gila es tu novia.

PASC. Mi novia.

PEDRO. La debes de respetar
si la quieres por mujer.
La pureza es un fanal
que hasta del aire se empaña,
y empañado...

PASC. Bien está;
yo seré otra vez prudente:
el caso es que Gila es tan...
Y cómo contiene uno
el impulso natural
que propende... que propende...
vamos... que propende á...
Y como hace tanto tiempo
que somos novios, y están
tan frias las noches... vamos...
yo no puedo sosegar.

PEDRO. Hace tiempo, hace dos años
ofrecí dotarla, mas
conseguirlo no he podido;
los tiempos vienen tan mal!...
La contribucion aumenta;
yo tuve una enfermedad,
que solamente en botica

se me llevó un dineral.
Todo esto son gastos que...
ahora, si os quereis casar,
id á buscar otro amo,
yo no me opongo.

GILA. Jamás!
dejar yo á ustedes? primero
me llevaban á enterrar
con palma.

PASC. Voto va cribas!
por vida del preste Juan!
dejar yo á ustedes, primero...
vamos, seria capaz...
de... de...

PEDRO. Bien, basta, hijos míos,
los cielos os premiarán
el amor que me teneis.
Pero señor, qué hora es ya?
las once y cuarto; anda, Gila,
en un instante, á buscar
en casa de doña Julia
á Rosario, que allí está;
tú echa pienso doble al macho,
que tiene que trabajar
mucho mañana; la oliva
está verde y pinta mal:
ea, vamos.

GILA. Quede usted
con Dios.

PASC. Abur y mandar.

ESCENA III.

SIMONA, PEDRO, despues GINÉS.

SIMONA. Son muy buenos chicos.

PEDRO. Sí,
él es un hombre leal
y trabajador.

SIMONA. Y ella?
Ella es de lo que no hay...

GINES. Buenas noches. (Entrando.)

- PEDRO. Buenas noches.
- SIMONA. Calla! Ginés, no te has acostado?
- GINES. No señora; he estado en casa de la boticaria de tertulia, y no he querido pasar sin dar á ustedes las buenas noches.
- SIMONA. Parece que estás triste?
- GINES. Quién? yo? no hay tal cosa, no vaya usted á pensar que yo tengo nada de eso: tonterías nada más.
- SIMONA. Nada más que tonterías?
- GINES. Y usted, buen viejo, qué tal?
- PEDRO. Vamos talcualillamente, no obstante la mucha edad.
- GINES. Cuántos?
- PEDRO. Setenta, y un pico más largo que de Alcotán.
- GINES. Caramba!
- PEDRO. Dios te dé á tí otros tantos.
- SIMONA. Ojalá!
- GINES. Muchas gracias, no los quiero si he de vivir siempre tan... me sobran muchos.
- SIMONA. Qué dices? cuando yo digo!
- GINES. No hay más; bien el Señor lo ha dispuesto, morir para descansar.
- SIMONA. Cómo no has acompañado á Rosario?
- GINES. Ella querrá mejor que mi compañía, que al cabo es la de un patan, el venirse á casa sola: es decir, sola con la criada y el Marqués, porque

yo escasamente sé hablar,
mientras que el Marqués... es claro...

PEDRO. Ya muy poco tardará...
anda á preparar la mesa,
para en viniendo cenar.

SIMONA. Allá voy: adios, Ginés.

GINÉS. Adios, madre.

SIMONA. Ah! si me das
ese nombre, me desarmas,
y te quiero regañar
por estar triston.

GINÉS. Yo? no...

SIMONA. Tú, sí, vaya. (Qué tendrá?)

ESCENA IV.

PEDRO, GINÉS.

PEDRO. Ginés, mírame á la cara,
mírame sin vacilar,
y lleva la mano al pecho
y dí si tranquilo está;
no bajes los ojos, mírame.

GINÉS. No puedo.

PEDRO. No puedes? Ay!
es que entre tú y tu conciencia
puede la conciencia más.
Tú nutres dentro del alma
callando muy grave mal;
si es un pecado, lo siento:
si es desdicha, cuál podrá
ser, que no logren mis canas
y mi aprecio conjurar?
Crees que te quiero?

GINÉS. Sí.

PEDRO. Allá en tu pueril edad,
te mecía en mis rodillas,
más fuertes que ahora lo están,
y de niño me llamabas
tu padre.

GINÉS. Y es la verdad;
muerto mi padre, usted ha sido

quien hizo veces de tal;
usted conservó mi hacienda,
teniendo que pelear
con parientes codiciosos;
á usted le debo hasta el pan
que como.

PEDRO. Dejemos eso.
Yo tuve mucha amistad
con tu padre, y de ese modo
se la queria probar.
Vamos al caso: eres huérfano
y eres ya mayor de edad;
cultivas tu hacienda bien,
y tu hacienda es regular,
no tienes deudas, no sufres
ninguna calamidad
de esas que le hacen al hombre
su existencia detestar;
por qué es, pues, esa tristeza?
porque tú estás triste.

GINES. Ay!

PEDRO. Ahora recuerdo: hace un mes,
sí, un mes, te ibas á casar
con Rosa, y no te casaste
por una puerilidad;
es que te pesa el haber
roto ese enlace?

GINES. No tal,
si yo puse la tranquilla
solamente para...

PEDRO. Ya!
luego tienes otro amor?

GINES. Yo? Me hará usted reventar;
y condenado me vea
si yo pensaba jamás
en decir una palabra,
si no en sufrir y callar.

PEDRO. Callar y sufrir? Por qué?

GINES. Porque sí, porque ella...

PEDRO. Está
casada?

GINES. Dios no lo quiera.

- PEDRO. Entónces, á qué es andar
con rodeos? se lo dices.
- GINES. Se lo digo?
- PEDRO. Y os casais
si ella quiere.
- GINES. Y si no quiere?
- PEDRO. Si ella no quiere, no hay más
que resignarse.
- GINES. Y morir
de tédio en la soledad,
es cierto; ese es mi sino,
y en vano quiero excusar...
- PEDRO. Pero ven acá, muchacho;
estás loco, ven acá:
ella no es casada?
- GINES. No.
- PEDRO. No tiene ningun galan?
- GINES. Que yo conozca, ninguno.
- PEDRO. Pues entónces, voto va!
por qué no te atreves?
- GINES. Yo?
me da tanta cortedad,
y si, como estoy seguro,
ella me recibe mal...
- PEDRO. Por qué te ha de recibir?...
es tu hacienda regular,
y la manejas muy bien;
eres honrado y leal,
eres robusto, eres jóven,
no eres terco ni holgazan,
y sin ser un querubin,
de figura no estás mal:
la más rica de este pueblo,
si á ella te acercas, tendrá
que darse por muy contenta.
Conque, quién es?
- GINES. Voto á san!
usted lo quiere saber
y á mí no me cabe ya
en el pecho este secreto,
que es mi tormento, mi afan,
mi dolor y mi alegría,

mi vida y mi muerte al par.
Yo pensé, pobre de mi,
que con el tiempo, y con la
ausencia y otra mujer,
la lograria olvidar;
por eso traté mi boda
con Rosa, y la quebré ya,
porque á ella no le interesa
y mira con igualdad
que sea yo muy feliz
ó me cuelgue de un nogal;
y yo la quiero, la quiero
tanto, que no puedo más:
este amor es mi existencia,
mi gloria, mi único afan,
y Dios, que manda en las almas,
quiso en la mia clavar
esta pasion invencible
que consumiéndome está,
para hacerme ver un cielo
cuando por casualidad
sueño con ella dormido.
¡Oh qué hermoso es el soñar!
Ella es Rosario.

PEDRO. Rosario!

Rosario has dicho?

GINES. Cabal.

PEDRO. Rosario... pobre Ginés.

GINES. Antes de saber amar
ya la amaba; me creia
su hermano, engaño falaz!
Trascurrió el tiempo, el deseo
me empujaba más y más,
y hoy la quiero, hoy la adoro
con toda mi voluntad.

PEDRO. Infeliz!

GINES. Usted no aprueba...

PEDRO. Cómo tengo de aprobar
que en una estatua de bronce
pongas tu afecto? No hay más,
tiene el corazon vacío.
Si por algo late, ah!

es por ambicion y orgullo,
y mentira y vanidad.

Tus flores, pobre hijo mio,
siembras en un arenal
que no dá plantas ni frutos,
porque no los puede dar.

Te compadezco... la quieres?

GINES. Cual no se quiso jamás.

PEDRO. Pues bien, háblala.

GINES. Yo?

PEDRO. Píntala

las delicias del hogar
tranquilo, de la ventura
de no ver un más allá,
de la quietud, de lo bien
que sabe ganado el pan,
del casto sueño del niño
en el seno maternal,
de tu amor, de todo aquello
con que la puedes brindar,
y por mi parte te ayudo
poniendo mi autoridad
de la tuya, y si se ablanda...
pero no se ablandará;
la conozco.

GINES. Usted la quiere.

PEDRO. Mas la quiero á mi pesar.

GINES. La quiere usted sin querer?
pues á mí me pasa igual.

PEDRO. Pues qué más desearia
yo, si no mirarla en paz
establecida contigo,
y ver en torno á mi hogar
á tus hijos, que eran suyos,
pedazos de su alma... ah!
no querrá Dios que esa dicha
logre yo en mi ancianidad;
sin embargo, háblala tú...

GINES. Pues silencio, que aquí está.

ESCENA V.

DICHOS , ROSARIO , MARQUÉS , GILA .

- PEDRO. Gracias á Dios que has venido.
ROS. Pues qué hora es?
PEDRO. Las once y media.
MARQ. Lo ménos hemos tardado
una en salir de la jerga
de esas calles empinadas,
desempedradas y negras.
Pues ¿y el piso? vaya un piso;
el no romperse una pierna,
es un milagro del cielo,
en cuanto la luz se aleja.
Qué falta de policía!
en qué mil demonios piensa
el ayuntamiento, que
no alumbra y no pone aceras?
PEDRO. En dar á los pobres pan,
que jornal seguro tengan,
en caminos vecinales
y cómodas carreteras.
MARQ. Pero en el pueblo...
PEDRO. En el pueblo
excusada es la monserga
de aceras y de faroles.
Como los que en él se albergan,
en siendo el anochecer
ó poco más, ya se acuestan,
mientras que duermen tranquilos,
de seguro no los echan
de ménos.
MARQ. La boticaria,
que es una señora...
PEDRO. Necia,
tonta, vana y presumida:
mil veces la he dicho á esta
que no me gusta su trato,
y por lo mismo se empeña
en hacerme á mí la contra.

- ROS. Eso es, usted quisiera tenerme como una esclava; tratarme como á una negra. Que malo es que á doña Julia, como me quiere la quiera? Me gusta su trato mucho; es muy fina, muy atenta; ella me enseña á bordar, á hacer calados; me presta libros; en fin, es mi amiga.
- PEDRO. Y la amiga verdadera: si te vieres en un lance apretado, ya iba ella á sacarte de él; de fijo. Lo que es, es una embustera, que al viejo de su marido le trastorna la cabeza.
- ROS. Eso es, no siendo fanático como es usted, ya se peca.
- PEDRO. Rosario!
- ROS. Tengo razon, mucho rezo y mucha iglesia, y luego hablar mal del prójimo: buena caridad es esta!
- PEDRO. Mira lo que hablas, Rosario, que soy tu abuelo: respeta...
- ROS. Es usted mi abuelo, y qué! la casualidad...
- PEDRO. Funesta filosofía.
- MARQ. Por Dios, no haya entre ustedes reyertas; no amarguen mi despedida más de ese modo.
- GINES. (Se aleja.)
- MARQ. Este techo hospitalario, donde pude de mi adversa suerte conjurar las iras, no turben vanas quimeras.
- PEDRO. Cuándo es la marcha?
- MARQ. Mañana: he escrito á Madrid, me esperan...

de aquí á Toledo es muy corta
la distancia.

GINES. Léguá y media.

MARQ. Desde Toledo, en el tren,
á Madrid daré la vuelta,
mas nunca podré olvidar
lo que dejo en esta aldea.

ROS. (Lo dice por mí.)

PEDRO. Mil gracias;
lo que yo hice, lo hiciera
todo el mundo; pero vamos,
que nos aguarda la cena.

ESCENA VI.

DICHOS, el VIZCONDE, PASCUAL.

VIZC. Quítate, bruto.

PASC. Es que yo...
ya se ve, no conociendo...

VIZC. Marqués!

MARQ. Vizconde!

VIZC. Un abrazo
y otro abrazo, y otros ciento;
dispensen ustedes si
sin saludar aquí entro;
pero es tanta la alegría
y el regocijo que siento...
No bien recibí tu carta,
mandé engancharan y vengó...
verás un coche magnífico,
verás un tronco soberbio,
le he comprado ántes de ayer
y tiene muy buen estreno;
en él te irás á Madrid,
en la posada le tengo...
Vaya, vaya, nos has dado
un susto... chasco completo,
extraviado y perdido
en los montes de Toledo,
quién hablaba de ladrones...

quién suponía un secuestro...
quién decía que una ninfa,
que tiene muy rubio el pelo,
te hizo robar para ella
y que te tenía dentro
de un palacio de marfil,
en un pabellón chino;
en fin, chico, mil mentiras:
pregunté á tu compañero
de caza, el conde, y el pobre
estaba muerto de miedo
por no haber podido hallarte,
todo el bosque recorriendo;
dice que no vuelve á caza
aunque la den el capelo;
y tú, entre tanto, callado...

MARQ. No tal; á mi tío Cleto
escribí, mas sin respuesta...

VIZC. Si está en Londres hace medio
mes!

MARQ. Ah! yo no lo sabía.

VIZC. Así ni gato ni perro
daba señas tuyas, hasta
que me escribiste, y yo vengo. .

PEDRO. Para hacerle compañía
en su viaje de regreso?
bien me parece, muy bien;
pero estamos á todo esto
sin cenar: si es que usted gusta...

VIZC. Gracias.

MARQ. Yo tampoco ceno;
prefiero hablar con mi amigo.

PEDRO. En ese caso, hasta luego.

VIZC. Á los piés de usted. (Á Rosario.)

ROS. Adios.

MARQ. Adios.

VIZC. (Es como un lucero.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS, el VIZCONDE.

- VIZC. Esa cara... y ese traje...
y cómo te mira.
- MARQ. Pues.
- VIZC. Calla, tendremos...
- MARQ. No, es...
es una virtud salvaje;
es mi enfermera.
- VIZC. Quisiera,
aunque lo que es hasta hoy duermo
muy bien, encontrarme enfermo
por tener esa enfermera.
- MARQ. Á la cabecera mia,
mal despierto ó mal dormido,
y moribundo y herido,
casi siempre la veia;
y eran tales mis antojos
y me hacia tanto bien,
que la veia tambien
cuando cerraba los ojos.
Cuando pienso que me ví
tan cercano de la muerte,
á no haber hecho la suerte
que me trajeran aquí;
qué me hubiera sucedido?
qué es lo que de mí seria?
á buen seguro, estaria
ya por los lobos comido.
Tiré un tiro, y la escopeta,
al tiro, se reventó,
no sé cómo, y me metió
por el pecho la baqueta.
No sé, ni el tiempo calculo
que permanecí tendido;
cuando recobré el sentido
me encontraba sobre un mulo,
y oí una voz que decia:
—Valor, tenga usted valor,

no desespere, señor,
porque hay vida todavía.—
Era don Pedro: me trajo
á su casa y me curó;
yo te aseguro que no
le costó poco trabajo.
Desesperado el doctor,
renegaba de su ciencia;
enconada mi dolencia,
ya iba mejor, ya peor.
Rosario, en tanto, la nieta,
las medicinas me daba,
y mis delirios velaba
tan hermosa, tan discreta.
Porque es muy discreta.

VIZC.

Ya.

MARQ.

Algo de humo, mas presumo
al cabo que, siendo humo,
como humo se deshará.

VIZC.

Ay! te veo enamorado.

MARQ.

Creo que sí, lo confieso.

VIZC.

Cásate.

MARQ.

Tanto como eso...
amante sí, mas casádo ..

VIZC.

Oh! pues yo que tú lo hacías,
quitándome trapantojos,
sólo por dar en los ojos
á Lucía.

MARQ.

Qué? Lucía...

VIZC.

Te fué fiel dos dias, tres;
pero creyéndote muerto,
dejó al cabo que en su puerto
entrase otra nave, pues:
Sanchez, es un viejo enclenque,
pero hace las cosas bien;
la ha puesto una casa en
la Plazuela de Celenque.
El entendimiento aguza
por darla gusto, y así
ella se acuerda de tí
como yo del moro Muza.

MARQ.

La infame, que me juraba...

- VIZC. Siempre juran y despues...
MARQ. No más Lucia.
VIZC. Eso es.
MARQ. Y yo por ella dejaba
á Rosario; con su vario
proceder me ha convertido:
vaya al olvido.
VIZC. Al olvido.
MARQ. Vale mucho más Rosario.
Esta noche pienso...
VIZC. Sí?
MARQ. Cuando en un sueño profundo
durmiendo esté todo el mundo,
yo me visto, vengo aquí,
y caso de que consiga
mi intento...
VIZC. Por Belcebú,
qué intentas?
MARQ. Ya verás tú;
que me siga.
VIZC. Que te siga?
MARQ. Calla, vienen.
VIZC. Y ese ultraje
vas á inferirles con todo
conocimiento? buen modo
de pagar el hospedaje!

ESCENA VIII.

DICHOS, D. PEDRO.

- MARQ. Hola! se ha cenado?
PEDRO. Sí,
y vengo... porque el señor
creo que me hará el honor
de estar alojado aquí
esta noche.
VIZC. Yo agradezco
tanto favor.
PEDRO. No hay de qué,
una cama dispondré;
otro cuarto no le ofrezco

que el del Marqués, porque no le tengo. Gila, muchacha, pon una cama, despacha, en ese cuarto.

VIZC. No, yo...
no soy exigente.

MARQ. Pues
muy buenas noches.

VIZC. Buen sueño.

PEDRO. (No te saldrás con tu empeño, si lo que yo creo es.)

ESCENA IX.

D. PEDRO, GINÉS.

PEDRO. (Llamando.) Ginés?

GINÉS. Aquí estoy.

PEDRO. Aquí
la esperas, voy á llamarla;
al alma debes hablarla
y no temas...

GINÉS. Ay de mí!
y quién no teme si ama?
quién no tiene miedo?

PEDRO. Pues
una doncella, no es
ningun toro de Jarama.
(Sale Gila del cuarto del Marqués, y se va á las
habitaciones interiores.)
Ea, valor, pese á tal!
en Dios confianza ten,
y todo acabará en bien.

GINÉS. (Ó todo acabará en mal.)

ESCENA X.

GINÉS, solo.

GINÉS. Voy á hablarla: extrañará
mi lenguaje; la diré
que muero por ella, y que...
valor, Dios mio! aquí está.

ESCENA XI.

GINÉS, ROSARIO.

ROS. Ginés, me ha dicho el abuelo
que me llamabas.

GINÉS. Yo? sí,
tenemos que hablar de... dí,
no tienes ningun recelo
de lo que será?

ROS. Yo, no.

GINÉS. Qué te dice mi mirada?
Mujer, no la encuentras nada
de particular?

ROS. Quién? yo!
no por cierto.

GINÉS. Sí por cierto,
que sufro penas y enojos:
no te dicen estos ojos
que estoy muerto?

ROS. Que estás muerto?

GINÉS. Muerto, sí, muerto de amor,
porque este amor, esta llama
que mi corazon inflama,
me mata con su calor.
Es un pesar, un tormento,
un afan con el que luchó,
y siento... yo siento mucho,
pero no sé lo que siento.
Preso de angustia mortal,
cual náufrago entre las olas,
y conmigo mismo á solas,
bendigo mi propio mal.
Quiero quejarme, y no puedo,
tengo hasta miedo de hablar,
y me decido á callar,
y de callar tengo miedo.
Tengo miedo á esta pasion
que aquí en el corazon yace,
y siento que se deshace
en llanto mi corazon.

Es luz que en el alma prende
y allá en el alma riela,
es un fuego que me hiela,
es un hielo que me enciende.
Si esto es amor, si el dolor
que yo sufro así se llama,
desdichado del que ama,
con tan insensato amor.

ROS. Y qué temes?

GINES. Su desden.

ROS. Y no hay medio alguno, di?...

GINES. La felicidad... oh! sí,
que ella me quiera!

ROS. Pues bien,
díselo.

GINES. No estoy diciendo?
ya más ¿qué puedo decir?
Si me está viendo morir,
me está viendo, me está viendo!

ROS. Qué dices?

GINES. Que en vano imploro
compasion; no me comprendes,
Rosario, cuando no entiendes
que eres tú la que yo adoro.

ROS. Yo? Desdichado de tí!

GINES. Como los dos nos amemos,
mira, Rosario, podremos
ser muy felices aquí.
Á la orilla de este rio,
que entre peñas se desata,
mirando como retrata
tu rostro y el rostro mio.
Al oír que en el aire trina,
subir al árbol crecido
y traerte en la mano el nido
de la alondra campesina.
Á la sombra de un castaño,
pisando flor de romero,
poner tu nombre al cordero
más hermoso del rebaño.
Grabar, sin ser escultor,
de un chopo en el tronco verde

una fecha que recuerde
nuestra dicha y nuestro amor.
Salir á ver los egidos,
y á la iglesia, y á las eras,
mi bien, á dónde tú quieras,
siempre juntos, siempre unidos.
Querer por solo querer,
gozando la dicha humana
sin pensar en el mañana,
sin recuerdos del ayer.
Dónde hay ventura mayor?
quién te ofrecerá, ángel puro,
un porvenir tan seguro
como te ofrece mi amor?
Callas? callas? ¡Voto á quien!...
me estoy muriendo de afán;
mira, yo soy muy patán,
pero sé querer muy bien.
Sigues callando? eso es
que no puede entre los dos...
Maldita sea...

Ros.

Por Dios,
no me maldigas, Ginés:
quizá yo la única sea
que con el nombre de esposa
tuya, feliz y orgullosa
no paseara la aldea.
Quizá es mi sino fatal
quien me aleja del Eden,
quizá me ofreces el bien,
y yo, ciega, escojo el mal.
Pero si tal es mi sino
que me hace rehusar tu mano,
en vano, Ginés, en vano
es luchar contra el destino.
Sí, yo te quisiera amar
y ámale le grito al alma,
y sigue en calma... y en calma
no obedece, á mi pesar.
Quieres que te engañe?

GINES.

No.

Ros.

Quieres ser mi hermano? (Dándole la mano)

- GINES. Sí.
- ROS. Tengo que pedirte....
- GINES. Dí
qué quieres de mí?
- ROS. Un favor.
El Marqués...
- GINES. Viven los cielos!
no te basta tu obra impía,
sin que añadas todavía
la ponzoña de los celos?
Y es al Marqués, á ese infame,
perdone si así le llamo...
á quien amas?
- ROS. No le amo,
pero quiero que él me ame.
Escucha, siento vagar
por mi mente... será un sueño,
mas sueño con tal empeño,
que es mi delicia soñar.
Siento bullir en tropel,
atronando mi cabeza,
dias de gloria y riqueza
y de fausto y oropel.
Y siento que con ardor
me contemplan otros séres,
con envidia las mujeres
y los hombres con amor.
Y hay una hora, una hora,
hora de inmenso placer!
en que yo me juzgo ser
de todo un mundo señora.
Y hay asientos perfumados,
y hay músicas y festines,
y hay encantados jardines,
y palacios encantados,
y allí vivo yo, Ginés,
allí tengo yo mi templo,
y allí dichosa contemplo
á todo el mundo á mis piés.
En mi ambicion de mandar,
no hallo obstáculos ni valla,
todo mi voz lo avasalla,

gozar y siempre gozar.
Y subir más alto y ver
á mis plantas humillados
títulos, honores, grados,
gloria, riqueza y poder;
y fatigarse y seguir
trás lo imposible quizás...
esto es vivir, lo demas
es vejetar y morir.

Si te es la memoria fiel,
recuerdas que puso Dios
un secreto entre los dos...

GINES. Te echaste al cuello un cordel.
Si no entro oportunamente,
te pierdo, del mismo clavo
me cuelgo tambien, y acabo,
que cuerpo muerto no siente.
Corté la cuerda, y con tanta
fuerza en el suelo caiste
que...

Ros. Mírala, aún existe
la señal en mi garganta.
Pues si aquí he de vejetar,
si he de vivir siempre aquí,
mil y mil veces, oh! sí,
prefiero volverme á ahorcar,
y aun bendeciré mi suerte.

GINES. Qué es lo que dices, Rosario?

Ros. Que este traje es mi sudario,
que este lugar es mi muerte.
Soñando con loco empeño,
al reparar que el Marqués
me vió, me dije—esta es
la realidad de mi sueño.—
Porque puede ser así,
no ser solo una quimera;
mas necesito estar fuera,
lejos, muy lejos de aquí:
la calentura me abrasa.
Eres mi hermano?

GINES. Y sincero.

Ros. Pues escucha, Ginés, quiero,

- quiero dejar esta casa.
GINES. Y dónde vas?
Ros. Á la córte,
allí á lucir y brillar,
á donde deben estar,
las mujeres de mi porte:
echada la suerte está,
mi estancia aquí será corta.
GINES. Y sin conocer...
Ros. No importa,
mi ambicion me guiará.
Ya sé que en esta partida
mucho arriesgo y mucho gano;
el Marqués luego... no en vano
me debe el Marqués la vida.
Estoy decidida, quiero
escuchar de mi alma el grito,
mas para ello necesito
dinero, mucho dinero.
Escúchame bien, la hacienda
de mis abuelos es mia,
la vendo en llegando el día
que mueran: fuerza es la venda,
tres mil duros...
GINES. Mucho más...
Ros. Tengo bastante por hoy:
los tienes?
GINES. Hija, no soy
capitalista.
Ros. Podrás
buscarlos?
GINES. Creo que sí.
Ros. Me los das y te la doy,
te haré un papel... desde hoy,
mi dicha pende de tí.
GINES. Ojalá pendiera, hermosa,
que aunque mermara la mia,
de dicha te colmaria,
solo por verte dichosa.
Ros. Marcha mañana ei Marqués,
mientras todo el mundo duerme,
ha dicho que quiere verme

en este cuarto.

GINES. Eso es,
con él, entre tanto yo...
no le quieres?

ROS. No le quiero.

GINES. Pero es que sí...

ROS. No hay más pero,
te vuelvo á decir que no.

GINES. (No, yo velaré.) Es que es
muy duro y más que fatal,
darte yo mismo el dogal
para que me ahorques despues.
Es claro, te irás, te irás
sin acordarte de mí
maldito, y yo en tanto aquí...

ROS. No te olvidaré jamás.

GINES. Sí, piensa en mí, piensa en mí,
quizás esté cerca el dia
que digas... hay todavía
uno que me aguarda allí.

ESCENA XII.

DICHOS, D. PEDRO, SIMONA.

PEDRO. Ya es hora de descansar,
Ginés, esto no es echarte,
pero...

GINES. Sí, voy...

PEDRO. Á acostarte?
Qué ha habido? (Bajo.)

GINES. Nada. (Id.)

PEDRO. Á olvidar...
Estás malo.

GINES. No señor.
Muy buenas noches.

SIMONA Y ROS. Muy buenas.

PEDRO (Van á matarle estas penas.)

GINES. (Me va á matar este amor.) (Váse.)

ESCENA XIII.

DICHOS, menos GINÉS,

- PEDRO. Toda la noche de vela
se ha pasado, no sé cómo;
vamos, Simona; qué plomo!
- ROS. Deme usted un abrazo, abuela,
bendígame usted. (Á D. Pedro.)
- PEDRO. Por qué?
estás pálida, azorada;
qué tienes?
- ROS. No tengo nada;
pero bendígame usted.
- PEDRO. (Con las manos en la frente de Rosario.)
Yo te bendigo, hija mía.
- ROS. Y yo ruego que á los dos
buen sueño les mande Dios,
que Dios es el que le envía.
- SIMONA. Por qué la encierras?
(Á D. Pedro, que echa la llave al cuarto de Rosario.)
- PEDRO. Quién sabe?
puede que me engañe, y puede...
en fin, por si es que sucede,
bueno es que esté bajo llave.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

SIMONA, D. PEDRO, dormido.

SIMONA. Perico... Pedro... se ha
dormido como un liron!
ojalá le dure mucho
el sueño reparador,
que mientras duerme no piensa
en su pena tan atroz.
Cómo duerme! como un niño;
su sencillo corazón,
para la ambición cerrado,
abierto para el amor,
late dulcemente, y late
tranquilo; mas Santo Dios!
por qué no desechará
del pensamiento veloz
aquella terrible idea
que es... vamos, su consunción.
—Ella se pierde, se pierde;
la falta su amparo, yo,

y morirá miserable
y maldecida de Dios.—
Esto dice, y otras veces
se desata con furor
en insultos; entre ellos,
dice que le abandonó
porque era débil y anciano.
Otras veces el dolor
cede su puesto á la ira
y llora, y entónces, oh!
diera porque no llorara
la mitad del corazon.
En tanto su pobre vista
va de cada vez peor,
y si de una ver cegara
qué seria de él? ay Dios!
Solamente de pensarlo
me estremezco. Ah! es el doctor.

ESCENA II.

DICHOS, el MÉDICO.

MEDICO. Muy buenos dias.
SIMONA. Muy buenas
tardes!
MEDICO. Es verdad que son
tardes; ya no me acordaba:
no es extraño, porque yo
no tengo un momento mio,
pues que todos se los doy
á mis enfermos.
SIMONA. Y hay muchos?
MEDICO. Bastantes; un lugaron
solo es este, y tengo quince,
y muchas gracias á Dios
que no hay epidemia ni...
luego los de alrededor...
tanto pueblecillo chico,
y son siete ú ocho los
que hay sin médico.
SIMONA. Es un mal,

mas usted dirá, mejor
para la bolsa.

MEDICO. Y el cuerpo,
es algun saco de arroz?
Tambien el cuerpo se cansa
de ir á visitar con sol
en verano, ó con la lluvia
nadando como un salmon;
en fin, ese es mi destino,
y sea todo por Dios.
Cómo va el enfermo?

SIMONA. Creo
que lo mismo.

MEDICO. No mejor?

SIMONA. No señor, está el pesar
fijo en su imaginacion.

MEDICO. Pues mientras no le deseche,
se cuide y se alegre, no
hay que esperar que se cure.
Si el llanto corre veloz
por sus ojos, los agrava;
descompuestas al crisol,
nuestras lágrimas son cal,
son cal, entiende usted?

SIMONA. Oh!

MEDICO. Y tenga usted ese cáustico
por solo espacio de dos
horas en los ojos, y
verá usted qué inflamacion...

PEDRO. Rosario. (Dormido.)

SIMONA. Sueña con ella.

PEDRO. Rosario... Ah! es usted, doctor. (Despertando.)

MEDICO. Sí, yo soy: qué tal va ese
ánimo?

PEDRO. Al ánimo no
tengo que pedirle nada,
pero á los ojos ¡ay Dios!

MEDICO. Á ver? hum! siempre lo mismo,
siempre la misma hinchazon
en los párpados; caramba,
usté es su enemigo.

PEDRO. Yo?

MEDICO. Usted. Sabiendo que el llanto
le está haciendo un daño atroz,
llora que te llora.

PEDRO. Así
desahogo mi corazon
que... vamos, se me figura
que se me rompe si no.
Y tengo tantos motivos
para llorar...

MEDICO. Pues no los
llore.

PEDRO. Y cómo sentirlos,
sin llorarlos?

MEDICO. No es razon
el que usted se quede ciego,
para sentir su dolor.
Una de dos, nuestros males
ó tienen remedio ó no;
si le tienen, aplicarle,
si no, con resignacion,
con paciencia, con constancia,
y con la fe puesta en Dios,
si no se curan, se alivian.

PEDRO. Tiene usted mucha razon,
pero...

MEDICO. No hay pero que valga,
deseche usted ese humor,
esté usted alegre.

PEDRO. Alegre!
Ya mi alegría acabó;
era ella mi alegría,
y ella no está.

MEDICO. No señor,
usted debe pasearse,
tomar el fresco y el sol,
hacer una vida activa;
tiene usted setenta y dos
años, y está usted robusto
y tiene una fuerza atroz,
por qué desperdiciar esas
condiciones, voto á bríos?
Se sigue dando fomento

con las yerbas?

SIMONA. Sí, señor.

MEDICO. Bueno; por hoy nada más; lo dicho dicho, me voy para ver á la muchacha de Silvestre.

SIMONA. Está peor?

MEDICO. Ni peor ni mejor, lo mismo; su mal es un mal que no tiene cura, un aneurisma en mitad del corazón.

SIMONA. Y es eso malo?

MEDICO. Malísimo; en estas arterias por donde pasa nuestra sangre, hay una dilatacion que dura ménos ó más, y en rompiéndose, acabó la vida.

SIMONA. Jesus mil veces.

MEDICO. Agur.

SIMONA. Vaya usted con Dios.

MEDICO. Y buen ánimo, qué diantre, que al fin y al cabo el Señor aprieta, pero no ahoga. Cuanto más nos prueba, nos ama más y nos estima. Ea, agur.

PEDRO. Adios, doctor.

ESCENA III.

PEDRO, SIMONA.

SIMONA. Ya, Pedro, has oido al médico: con tanto y tanto llorar, vas á acabarte la vista.

PEDRO. Qué quieres.

SIMONA. No llores más

PEDRO. Ojalá fuera posible; ay, Simona, ay! Ojalá se encontrase en la botica

el remedio de mi mal,
que, por muy caro que fuese,
á riesgo de mendigar,
le tendria, le tendria
y curaria; pero ah!
que no se curan con r cipes
males del alma jamás,
ni mi falta es una falta
que se puede reparar.
Me falta ella, y con ella
me falta tambien la paz
del alma.

SIMONA. Sea por Dios;
ahora mucho suspirar
por ella, y cuando ella aquí
estaba, no hacias más
que regañar si callaba,
y si hablaba regañar.

PEDRO. Yo? no lo creas;   veces,
cuando ella mi autoridad
desconocia orgullosa,
la enseñaba   respetar
mis canas, mas sin escándalo,
con demasiada bondad.
Ahora, que estaba dormido,
soñaba que años atrás
me la llevaba   paseo
por la pradera y por la
ribera hermosa del Tajo,
y todo el mundo, al mirar
los rasgos de su belleza
y su candor sin igual,
la bendecian—bendita
seas—oia sin cesar,
y yo decia—es mi nieta—
y con infantil afan
ella corria siguiendo
la mariposa fugaz,
y yo en sus ojos cifraba
toda mi felicidad.
Ay, qué tiempos; ya pasaron
para no volver jamás.

Vamos, parece mentira
que haya podido dejar
la casa donde nació,
á sus abuelos, que están
llorando tanto por ella...

SIMONA. Qué quieres? á veces las
ideas de la educacion...
ella se ha educado allá...
en Madrid.

PEDRO. Ciertamente, su madre
trabajaba sin cesar
para pagar el colegio,
y este es el fruto que da;
bien se lo decia yo:
—haces mal, haces muy mal
en criar así á Rosario
si ha de venir al lugar—
pero ella empeñada, al fin
se trajo la chica acá.

SIMONA. Y ántes del año murió,
y tambien el pobre Juan,
su padre, y quedó Rosario
en la más triste orfandad.
Mas no le ha faltado aquí
ni el cariño paternal,
ni nada.

PEDRO. Sí, la faltaba
aire, aire que respirar,
por su educacion maldita
y por los libros de la
boticaria, ¡condenados!
yo los debí de quemar...
y hace ya tres años, tres
que la llamo y que no está:
se escapó por la ventana,
está debajo el parral,
la serviría de apoyo
y se bajó, sí, no hay más.
Mira tú si salió cierta
mi sospecha al maliciar
que, figurándose que éramos
presa del sueño tenaz,

el Marqués la buscaría;
ella no pudo llegar,
porque yo cerré la puerta,
pero el Marqués puntual.
Yo sentí ruido, aquí vine
y me hallé con el galán,
que, tomándome por ella,
con ingenio sin igual,
me hablaba bien de Madrid
y muy mal de este lugar;
muchas cintas, muchas flores,
muchas galas, mucho afán
y mucho aplazar la boda;
aplazar, siempre aplazar:
pero al fin me conoció,
yo monté en cólera, y zás
le pegué una bofetada
en mitad del rostro.

SIMONA. Ah!

PEDRO. Y le hubiera dado mil
y sería poco dar;
y á no entrar Ginés le estrujo
entre mis dos brazos.

SIMONA. Mas
cómo se quedó Ginés
aquí?

PEDRO. No lo sé: quizá,
como que amaba á Rosario,
sospechaba la verdad.

SIMONA. Ay qué noche, y ay qué susto;
yo vine temblando acá
y te hallé fuera de tí,
Ginés hacia marchar
al Vizconde y al Marqués...

PEDRO. El Vizconde, otro que tal;
siendo su amigo, lo mismo
que es Jacobo será Juan.
Luego abrí al cuarto la puerta
para decirla—ya estás
en salvo—pero no estaba,
quizá le haya ido á esperar
al Madrid maldito, haciendo

- de mi honra el limpio cristal,
sucio vaso de impureza
que no se puede aspirar.
Cuatro cartas en tres años
nos ha escrito nada más.
- SIMONA. Y nos dice que está buena
y que es feliz por allá;
pues qué más quieres?
- PEDRO. En la última
hay la huella de un pesar,
como si mojaran lágrimas
el papel.
- SIMONA. Qué han de mojar?
Si es muy feliz, si Ginés,
que se fué á Madrid á dar
una vuelta, la vió allí
tan compuesta, en casa tan
bien amueblada y tan rica
que no hay que pedir más,
y no como esta; no hay miedo,
que no vendrá.
- PEDRO. Ó si vendrá,
pero cuando venga, cómo?
me estremezco de pensar...
- SIMONA. Pues no te estremezcas. ¿Quién
entra aquí? Serenidad.

ESCENA IV.

DICHOS, GILA, PASCUAL.

- GILA. Buenas tardes.
- SIMONA. Oh! muy buenas.
- PASC. Cómo lo pasan?
- PEDRO. Tal cual,
y vosotros?
- PASC. Bien: el nuevo
estado, á fe de Pascual,
nos prueba perfectamente.
Bien venida sea la
herencia del tío Gil,
que nos pudimos casar.

PEDRO. Pues, y nos seguís sirviendo
por purísima lealtad.

El salario que te doy,
para tí, que estás tal cual
de intereses, casi es nada.

PASC. Y porque heredase, ya
debía desconocer
á aquel que me ha dado pan
tanto tiempo? No señor.
Usted me tuvo á jornal
por muchos años, pues téngame,
mientras pueda trabajar;
la herencia es corta y la puede
labrar mi hermano Beltran.
Vive en mi casa, y yo aquí,
y estamos todos en paz;
y por lo que hace á la casa,
tengo idea de que la
cuadra es pequeña, muy chica,
tiene cabida no mas
para tres bestias, y yo
he pensado en alargar...
Pues á lo que vengo vengo,
por vida de... voto á san...
me da vergüenza...

PEDRO. Qué tienes?

PASC. Hábleme usted en caridad,
con mucho cariño, y mucho...
no se vaya usted á enfadar
por lo que le diga.

PEDRO. Yo?

PASC. Tome usted esto. (Dándole un envoltorio.)

PEDRO. Qué me das?
dinero?

PASC. Treinta y seis duros,
y creo que sobra un real;
yo bien quisiera que fuesen
treinta y seis millones.

PEDRO. Mas,
con qué objeto?

PASC. Con qué objeto?
Con objeto de pagar

al ayuntamiento.

PEDRO. Qué?

PASC. Usté atrasado no está?

PEDRO. Muy cierto, pero el alcalde me ha prometido esperar...

PASC. Pues el alcalde no puede, porque de la capital le piden á raja tabla dinero, y hay que apelar... tenga usted eso, y usted se buscará lo demas, no dé usted lugar, don Pedro, á que vengan á embargar.

PEDRO. Muchas gracias, Pascual, guarda ese dinero, Pascual.

Yo veré... yo pediré...

PASC. No lo quiere usted tomar?

PEDRO. Yo te prometo pedírtelo si tengo necesidad; en el entre tanto, guárdalo.

PASC. Mire usté que yo he oido hablar al alguacil, y decia que mucho no tardará sin que venga por el macho, y el macho es un animal que si me le quitan, vamos, no me podré consolar; lleva su carga tan listo y con tanta dignidad... va tan erguido y ufano i cuando yo llevo el ronzal, me conoce tanto, en fin, no le falta más que hablar.

SIMONA. Se ha acabado ya el secreto que hay entre ustedes?

PEDRO. Sí tal.

SIMONA. Ese dolor de cabeza, (Á Gila.) hija, no es nada, te das unos pediluvios.

PASC. No, pediluvios le harán mal. Está enferma y no está mala,

porque esta... en fin, esta...
todo se la vuelven náuseas
y ganas de vomitar,
y en fin... como hace tres meses
nos hemos casado...

SIMONA.

Ya.

PASC.

Pues eso, el tiempo... es muy cierto,
el tiempo lo ha de curar.

GILA.

Dice usted bien. Adios... vamos.

PASC.

Vamos, y cuento con la
palabra que usted me dió.

PEDRO.

Dios te lo pague, Pascual.

ESCENA V.

SIMONA, D. PEDRO.

PEDRO.

Ese es un buen servidor,
es un corazon de oro.

SIMONA.

Y con la fuerza de un toro,
y muy buen trabajador.
Gila es muy honrada, y
como mujer no es maleja;
ella como él, qué pareja!
son muy buenos chicos.

PEDRO.

Sí,
sin ambicion que lo impida,
por no verme atribulado,
venia á darme lo ahorrado
tal vez en toda su vida.

SIMONA.

Qué dices, Pedro?

PEDRO.

Mas no
temas que tan mal yo obre,
que al fin, entre pobre y pobre,
él es más pobre que yo.
Por más que decirlo siento
y por más que he procurado...
me encuentro muy atrasado...

SIMONA.

Tú?

PEDRO.

Con el ayuntamiento;
y me vendrán á embargar
la hacienda, y si esto no basta,

saldrá á pública subasta
mi casa, mi santo hogar.
Y abandonados los dos
á donde queramos ir,
nos pondremos á pedir
una limosna por Dios.
Y mi vista me abandona
y en mis desdichas no cejo,
y estoy pobre, ciego y viejo.
Por tí lo siento, Simona.

SIMONA. Vuelta otra vez á llorar!

PEDRO. Es que...

SIMONA. Vamos, no me avengo...

no llores por mí, yo tengo
fuerza para trabajar;
y ántes que pedir por Dios
una limosna con miedo,
yo sola, yo sola puedo
trabajar para los dos.
No te apures, ten aliento,
confía en Dios, que hasta hoy
no nos abandonó: voy
á ponerte el cocimiento
para la vista: contrista
verte los ojos; no es raro,
con tanto llorar... es claro,
vas á acabar con tu vista.
Buen ánimo, que á los dos,
con quietud y sin zozobra,
con poco que haya nos sobra.
Hasta luego.

PEDRO. Anda con Dios.

ESCENA VI.

D. PEDRO.

Y á quién acudir, á quién,
en trance tan importuno?
de mis parientes, sólo uno
hay que esté bien. Digo, bien...
Pasa disgustos prolijos,

siempre afanándose y,
todo por sus hijos, sí,
dirá:—Primero mis hijos.—
Ah! Ginés... él solo es
mi esperanza, porque él tiene...

ESCENA VII.

GINÉS, D. PEDRO.

GINÉS. Muy buenas tardes.
PEDRO. Quién viene?
no veo...
GINÉS. Soy yo, Ginés.
PEDRO. Ah! Ginés, muy bien venido:
estaba pensando en tí,
para pedirte...
GINÉS. Á mí?
PEDRO. Sí.
GINÉS. Desde ahora, concedido.
Qué me puede usted pedir
que á dárselo yo no acceda?
es decir, en cuanto pueda...
PEDRO. Hombre, te vas á reir,
es dinero.
GINÉS. Cómo!
PEDRO. Espero
no me le niegues, porque
yo sé bien tu hacienda, y sé
tienes dinero.
GINÉS. Dinero!
PEDRO. Yo estoy mal: aquel pedrisco
que me cogió el garbanzal,
los años viniendo mal,
la contribucion y el fisco,
en fin, me he atrasado y me
he perdido, mas no dudo,
te encuentro á tí, y á tí acudo.
GINÉS. Don Pedro, máteme usté.
PEDRO. Te niegas?
GINÉS. Á averiguar
que la sangre se vendia,

diera por usted la mia,
si la quisieran comprar.
Tengo empeñados mis bienes
y me agobia el interés
que pago por ello, es
que no tengo.

PEDRO. Que no tienes?
no estás tú bien?

GINES. Al contrario,
estoy mal.

PEDRO. Tu hacienda sé...

GINES. Ya no es mia, la empeñé;
la empeñé... para Rosario.

PEDRO. Ah! cállate, ahora comprendo
el lujo que la rodea,
en tanto que en esta aldea
vives tú y vives muriendo.

GINES. Para que, como la cuadre,
viva allí con más decoro,
la dí hasta un rosario de oro
que era de mi santa madre.
Todo, todo se lo dí.

PEDRO. Y la ingrata te dejó?

GINES. Si, se marchó, se marchó
sin tener piedad de mí.
Se marchó; en aquel momento
al llanto solté la vena...
me estaba ahogando de pena,
y si no lloro, reviento.

PEDRO. La calentura me abrasa;
mas cómo la viste? dónde?
responde, por Dios, responde.

GINES. Me estaba esperando en casa:
no se podía marchar
sin que yo la diera... y
yo lo busqué, se lo dí,
y marchó sin vacilar.

PEDRO. ¿Conque tú la has ayudado
en su fuga?

GINES. Sí señor.

PEDRO. Y lo confiesas? qué horror!

GINES. Y si no se hubiera ahorcado.

PEDRO. Qué dices?

GINES. Que ya otra vez
lo hizo: si á tiempo no llego...

PEDRO. Jesus!

GINES. La encontraban luégo
hecha pedazos la nuez.

PEDRO. Hace cuatro años, ya sé... (Recordando.)
yo ví que tenia tanta
hinchazon en la garganta,
pero no supe por qué.

GINES. Yo estaba siempre en lo justo,
mas fuerza era decidirse;
y así, entre ahorcarse y morirse
á gusto, que muera á gusto.
Aquí se encuentra mal quien
no ha nacido para aquí.

PEDRO. Y te fuiste á verla?

GINES. Sí,
y me recibió muy bien.
Iba al Teatro Real en coche;
estaba muy bien vestida;
me dijo á la despedida:
«vente mañana á la noche.»
Habia reunion; no sé
qué clase de gente era,
porque era la vez primera;
se jugaba, y yo jugué.

PEDRO. Jugar! sabes qué es jugar?
tú no lo sabes, Ginés;
tú piensas que sólo es
dejar la suerte al azar?
Jugar es una deshonra;
lo primero que se pierde
en torno al tapete verde,
Ginés, es la honra, la honra.
Allí el dios es el dinero,
y está más considerado
un tunante afortunado
que el hombre más caballero.
Aunque tenga corazon,
el que en el juego se envicia,
tiene miedo á la justicia

como si fuera un ladrón.
Ni allí hay amistades, ni,
aunque á tu lado se halle,
no se saluda en la calle
á quien se conoció allí.
Aquel oro que convida
á que le toques insano,
es quien te pone en la mano
la pistola del suicida.
La eterna sed de ganar,
con buena ó contraria suerte,
¿á cuántos no dió la muerte?
Jugar! sabes qué es jugar?
Ay Ginés, el jugador
no hace ganancia jamás,
el que entra ganando más,
sale perdiendo el honor.

GINES. No, perder, yo no perdí;
aún salí ganando un poco:
mas creí volverme loco
cuando alcé la vista y ví
al Marqués, aquel traidor
que así pagó el hospedaje
de esta casa.

PEDRO. Oh! el ultraje
que le hice fué mayor!
la bofetada...

GINES. Mal dada.

PEDRO. No puedo volver por mi honra?
no puedo al que me deshonra
pegarle una bofetada?
Oh! y una alegría rara,
salvaje, experimenté
al sentir que me llené
toda la mano de cara.
En mi furioso arrebato,
me prestaba Belcebú
toda su ira, y si tú
no me le quitas, le mato.

GINES. Pues yo, aunque la ira abrasa,
la ira de usted no alabo.

PEDRO. Por qué?

GINES. Porque al fin y al cabo,
estaba usted en su casa.
Le disculpo á usted, porque
al verle yo allí sentí...
en fin, ya me vine aquí,
á verlos no volveré.
Ensanche usted el corazon,
qué diantre, y tenga fe
en mi cariño, porque...
porque esa contribucion...
yo veré al alcalde y fio...
al fin no ha de ser en balde
el tener un tio alcalde.

PEDRO. Cierto, el alcalde es tu tio.

SIMONA. Pedro? (Dentro.)

PEDRO. Allá voy al momento.

GINES. Dónde va usted?

PEDRO. Á la cocina,
á darme una medicina
en los ojos, un fomento.

GINES. Soy su lazarillo?

PEDRO. Ven,
guíame.

GINES. Vamos andando;
no tenga usted penas, cuando
digo que va usted á estar bien...

ESCENA VIII.

Queda un momento sola la escena.

ROSARIO, pobremente vestida, apoyada en un palo y con
un niño como de un año en los brazos, dormido.

Ay! he llegado por fin;
pensaba quedar me muerta
ántes de ver esa puerta.
Duerme! pobre serafin.
Así hemos venido andando,
siguiendo nuestro destino,
haciendo todo el camino,
tú durmiendo y yo llorando.

Luego correrás con brío,
mas mientras tu alma no enferme,
duérmete, bien mio, duerme;
¡qué hermoso que eres, bien mio!
(Deja el niño sobre un sillón.)
Vengo aquí á pedir el pan
que otro tiempo desprecié.
Dios mio! qué les diré?
cómo me recibirán?
Á quién hablaré? á mi santa
abuela? qué ingrata he sido!
á mi abuelo? me ha querido
con tanta pasion... con tanta!
Alguien se acerca... valor!
este camino emprendí,
Señor, confiada en tí;
no me abandones, Señor.

ESCENA IX.

ROSARIO, D. PEDRO.

ROS. Ay abuelito!
PEDRO. Quién es?
ROS. No me ve usted?
PEDRO. No te veo,
aunque esa voz... sí, yo creo
que me es conocida... Pues
ya lo estás viendo, perdí
la vista, porque mi llanto,
á fuerza de llorar tanto,
me cegó! pobre de mí!
Y el llanto es un don del cielo;
cuando al alma la desvela
ciega, sí, pero consuela,
sirve de mucho consuelo:
ay! yo en mi desolacion
tengo la fe verdadera,
porque á no llorar se hubiera
roto ya mi corazon.
Quién eres? por qué me besas
(Le besa la mano.)

la mano con tanto exceso,
y yo siento en cada beso
los dolores que me expresas?

ROS. Ah! de qué me sirve aquí
encontrarle, cuando llego
á encontrarle á usted ay! ciego,
de tanto llorar por mí.

PEDRO. Pues quién eres?

ROS. Soy Rosario...

PEDRO. Tú, escoria de las mujeres, (FURIOSO.)
qué buscas aquí? qué quieres?
quieres mi vida?

ROS. Al contrario.

Oh! por Dios no haga usted vana
mi esperanza, sea cierta.

PEDRO. No puede entrar por mi puerta
quien salió por la ventana.

ROS. Ah! por Dios...

PEDRO. No á Dios invoques,
porque estás de Dios maldita;
no te acerques, quita, quita,
no me manches, no me toques.
Tu has roto todos los lazos
que te unian á tu gente,
vete.

ROS. Por este inocente
que le tiende á usted los brazos.

PEDRO. Un niño!

ROS. Como un lucero;
es fruto de mi pecado,
pero pues Dios me le ha dado;
con toda el alma le quiero.

PEDRO. Aparta... Ginés, á mí! (Llamando.)

ESCENA X.

DICHOS, GINÉS.

GINÉS. Rosario! un niño!... traidora!...

ROS. Perdon, perdon, Ginés!

GINÉS. (Llora!)

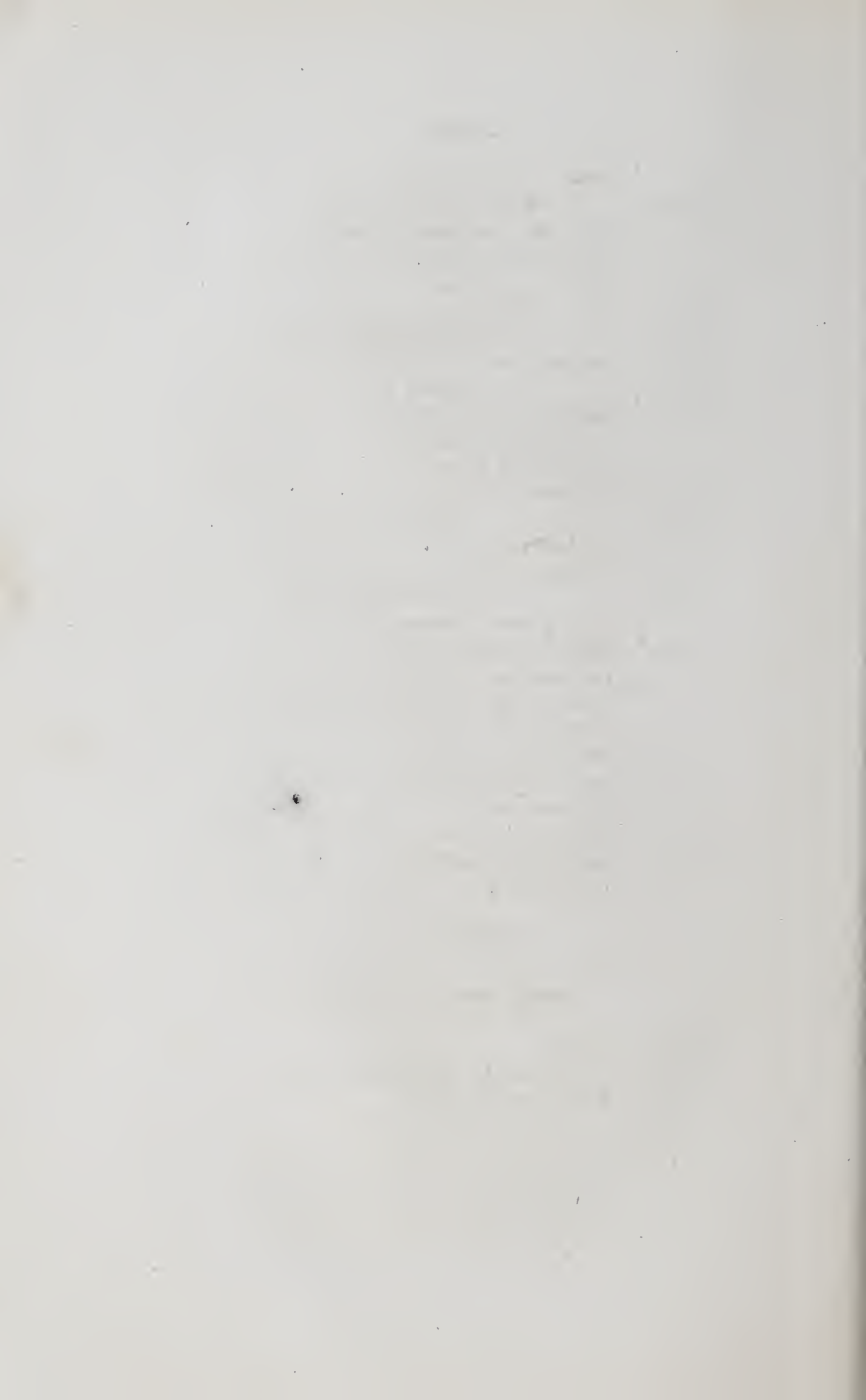
PEDRO. Sácame pronto de aquí.

- ROS. Pero...
- PEDRO. Es tarde, Dios te guarde.
- ROS. Ginés, si es que me has querido
yo de rodillas te pido...
- GINES. Es tarde.
- ROS. No, no.
- GINES. Muy tarde.
- ROS. Dios perdonó...
- PEDRO. No soy Dios.
- ROS. No, pero es usted su hijo,
y yo ante un crucifijo
pido perdon á los dos.
- PEDRO. Llévame de aquí. (Á Ginés.)
- ROS. Perdon,
oh! Ginés, en tí confío...
- PEDRO. Llévame de aquí.
- GINES. (Dios mio,
se me parte el corazon.)
- PEDRO. Adios: si puedes vivir
vive pues en paz contigo;
adios, yo no te maldigo
porque no se maldecir.
De tu carrera á través,
como míseros despojos,
ya te has llevado mis ojos,
qué más? Vámonos, Ginés.
- ROS. Nadie tiene compasion
de mí? nadie me consuela?

ESCENA XI.

DICHOS, SIMONA, desde el foro.

- SIMONA. Sí, yo.
- ROS. (De rodillas.) Ay abuelita!... abuela!!
- SIMONA. Hija de mi corazon!!



ACTO TERCERO.

La misma decoracion que los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE, PASCUAL.

- VIZC. Lo dicho, yo te soborno,
te vendes, te compro, estás?
- PASC. Estoy.
- VIZC. Toma. (dándole dinero.)
- PASC. Venga.
- VIZC. Dime,
el viejo, qué tal? qué tal?
- PASC. Cómo. qué tal?
- VIZC. Si está fuerte.
- PASC. Si esta fuerte?
- VIZC. Para dar
un pescozon á cualquiera.
Cuando me acuerdo de la
bofetada del Marqués,
no lo puedo remediar,
me tiemblan las carnes... vamos,
debió de escocerle... paf!
- PASC. Ay, para eso, no señor,
no puede nada; si está
casi ciego!
- VIZC. Sí? me alegro!
digo... ¡Qué barbaridad!

Y el otro?

PASC.

El otro?

VIZC.

Sí, el otro,
el otro, el otro jayán.

PASC.

Quién, don Ginés?

VIZC.

Don Ginés:

vaya una fuerza bestial;
nos sacó en volandas, como
si fuéramos mazapan.

PASC.

Por aquí viene, si usted
quiere hablarle...

VIZC.

Yo? no tal:

á Rosario sola, entiendes?

PASC.

Entiendo, y sin vacilar
la proposicion acepto
y la propina que da;
porque usted no tiene traza
de seductor.

VIZC.

Animal!!

PASC.

Y la chica no peligra
viéndola usted, no es verdad?

VIZC.

Eso, sí.

PASC.

Pues ya que de esto
no ha de venir ningun mal,
venga usted, le meteré
en este cuarto que está
lindando con esta sala,
y espere usted sin chistar
hasta que yo avise.

VIZC.

Bueno.

PASC.

Corriente, vamos allá,
este es el cuarto; quietito,
que yo le vendré á llamar.

ESCENA II.

SIMONA, PASCUAL.

SIMONA. Uf! qué calor, muerta vengo:
y la distancia no es tan
larga desde aquí á la iglesia;
pero hace un sol, que ya, ya!

Estas tardes bochornosas,
hasta que empieza á soplar
el viento, son insufribles,
son insufribles!—Pascual? (Llamando.)

PASC. Qué manda usted? Buenas tardes.

SIMONA. Muy buenas. Rosario?

PASC. Están
por allá dentro.

SIMONA. Y Perico?

PASC. Tambien. Yo si usted me da
licencia, quiero pedirla
un favor.

SIMONA. Habla.

PASC. Que al dar
las ocho, me deje usted
salir, porque...

SIMONA. Á dónde vas?

PASC. Á acompañar al Señor,
es decir, voy á alumbrar
al Santísimo Viático,
que esta noche se le dan
á la chica de Silvestre.

SIMONA. La pobre, tan mala está?

PASC. Muy malita, muy malita;
el señor don Sebastian,
el médico, dice que
de esta noche no saldrá.

SIMONA. Bien, ve, mas no te detengas
en la taberna.

PASC. Jamás
entro en la taberna yo
sino con un camará,
por supuesto, que me dice
—hombre, pues vamos á echar
una copa—y digo—bueno—
y dice—vamos allá.—
Sí, me gusta el vino, pero
á sus horas nada más,
y á las horas de comer,
y á las horas de cenar,
y á las horas de...

SIMONA. Bien, vete.

PASC. Abur, quede usted en paz.

ESCENA III.

ROSARIO, SIMONA.

Ros. Buenas tardes, abuelita.

SIMONA. Buenas las tengas, qué tal?

Ros. Bien, para servir á usted;
usted viene?...

SIMONA. De rezar;
se está tan á gusto allí,
la iglesia es tan fresca y tan...
Y Pedro?

Ros. Estaba jugando
con el niño, y al notar
que tenia el niño sueño,
le puso encima de las
rodillas para mecerle,
y al empezarle á cantar,
uno en los brazos del otro,
los dos dormidos están.

SIMONA. Ea, pues no interrumpirles,
dejarlos dormir en paz;
yo voy adentro á quitarme
la mantilla... Dónde vas?

Ros. Á ayudarla á usted.

SIMONA. No, deja,
que yo me la sé quitar.

ESCENA IV.

ROSARIO, PASCUAL.

Ros. Pobre abuela! Ella no tiene
ni un recuerdo del pasado.
Me dió su perdon sin limites:
ni palabra, ni sarcasmo
que recuerden otro tiempo,
asomáronse á sus labios;
pero los recuerdos míos...

PASC. (Está sola, yo me lanzo.)
Señorita...

ROS. Qué hay, Pascual?

PASC. Hay un caballero, vamos,
que quiere hablar con usted.

ROS. Conmigo?

PASC. Y está esperando...
no quiere que los de casa
se aperciban... porque, estamos?
porque teme... porque dice
que como le viera el amo
le desriñonaba; á mí,
que no me gusta el escándalo,
me ha dado para beber
y me ha dicho—dí á Rosario
que deseo hablarla á solas,
y está aquí; conque, le llamo?

ROS. Quién podrá ser?

PASC. (Silbando.) Salga usted.

ROS. El Vizconde!

PASC. Yo entre tanto,
tendré cuenta con la puerta,
no se cuele algun extraño.

ESCENA V.

ROSARIO, el VIZCONDE.

VIZC. La sorprende mi presencia
en este sitio?

ROS. Está claro;
cómo me pude pensar
que un hombre tan apegado
á Madrid y sus costumbres,
venga á estas tierras?

VIZC. Hay casos
en que la amistad y la...
en fin, aquí estoy, al grano:
qué sabe usted del Marqués?

ROS. No hablemos de eso: harto amargos
recuerdos tengo de él,
sin que usted venga á evocarlos.

VIZC. Luego, no sabe usted nada?

ROS. Supongo se habrá casado,

con esa rica heredera,
la que pretendia cuando
yo vine aquí.

Vizc. Pues no hay tal.
se llevó la boda el diablo.
Ella, al saber lo de usted,
le dijo:—sea usted honrado,
y al menos será mi amigo,
mi marido nunca—andando!
Pobre Marqués! qué desgracia!
en cuanto pone la mano,
el negocio más sencillo
es para él asunto árduo:
ha perdido ya tres pleitos,
y ahora va á perder el cuarto.
El animal acreedor
tuvo finísimo ollato,
ha presentido su ruina
y le está siguiendo el rastro.

Ros. Castigo de Dios!

Vizc. Castigo,
castigo es, digo, y tanto
que él siguiendo mis consejos,
arrepentido, ha tratado...
ha cogido las caspicias
de su caudal, bien escaso,
y piensa afincarse aquí
y ofrecer á usted su mano.

Ros. Á mí?

Vizc. Es lo único que puede
ofrecerla, está arruinado.
Don Rafael, se acuerda usted
de don Rafael, aquel alto
de las patillas?

Ros. Me acuerdo.

Vizc. Pues Rafael, se ha pegado
un tiro.

Ros. Jesus mil veces!

Vizc. Y doce mil duros largos
debía al Marqués, y ahora
con su muerte le ha hecho pago:
un modo de liquidar

como otro cualquiera: el caso es, que el Marqués ya no tiene allí quien le abra los brazos sino yo, que soy más pobre que una rata, y si no entranpo ó si no gano en el juego, me mantengo con helados y dulces de las reuniones de buen tono, donde danzo.

Ros. Y qué he de hacer?

ESCENA VI.

DICHOS, PASCUAL.

PASC. Don Ginés viene.

VIZC. Sí? pues yo me escapo, porque ese don Ginés tiene una fuerza como un bárbaro.

PASC. Vamos.

VIZC. Vamos.

PASC. Saldrá usted por la puerta de los carros, y así no le puede ver.

VIZC. Esta epístola me ha dado (Dándola una carta.) para usted el Marqués; yo ya he cumplido con mi encargo y por él ruego, intercedo por él.

PASC. Que viene.

VIZC. Ya marchó, y adios. (Es muy guapa, mucho, esta chica.) Adios, Rosario.

ESCENA VII.

ROSARIO, luego GINÉS.

Ros. Qué haré que mejor me cuadre? de mí misma desconfío: mi hijo sin padre! Dios mio! pero qué padre! qué padre!

GINES. Rosario, que te he de hallar
siempre lo mismo, llorando!

ROS. Qué quieres, Ginés?

GINES. Oh! cuándo
has de dejar de llorar?
Cuándo tus ojos serenos
se fijarán en los míos,
sin verter el llanto á ríos,
como en otros tiempos buenos?

ROS. Nunca: esos tiempos pasaron;
eran tiempos de inocencia,
y en mi pasada existencia
tan solo espinas dejaron.
Sufro tanto! sufro tanto!
abrazando á mis abuelos,
en vez de encontrar consuelos,
siento que me abrumba el llanto;
y, miserable de mí,
tiemblo cobarde y me aflijo
besando á mi pobre hijo,
que no tiene padre.

GINES. Sí.
Y es una cosa muy fea
cuando uno es grande y aspira...
el no poder decir...—Mira,
se me ha ocurrido una idea.
Quieres... como las mujeres
sois así, temo un desvío,
que ese niño sea mio?

ROS. Ginés, qué me dices?

GINES. Quieres?
Rosario, mira la pena
cruel que tengo por contrario;
tú eres muy buena, Rosario;
Rosario, tú eres muy buena.
Lo pasado... importa nada
al presente, yo me fundo
en que no habrá en todo el mundo
una mujer más honrada.
Y en pago de que ya he
vencido tanto desvío,
tu hijo será el hijo mio,

yo le reconoceré.
Ahora vuelves á nacer;
da lo pasado al olvido,
y seré un feliz marido
si quieres ser mi mujer.

ROS. Calla!

GINES. Que me calle?

ROS. Sí;
me haces daño con hablar,
porque me haces recordar
que no soy digna de tí.
Déjame, pues, vegetar
sola, en un rincón oscuro;
tú tienes un nombre puro,
no te le quiero manchar.

GINES. No le manchas, al contrario,
está cubierto de enojos,
y con tus divinos ojos
le inundas de luz, Rosario.

ROS. Tú me amas, es la verdad,
con todo tu corazón;
hoy rehusó por convicción,
lo que ántes por voluntad.
Mis recuerdos me dan miedo,
la sombra de mi pasado
me amedrenta... un hombre honrado
y yo su esposa... no puedo.
No puedo yo, ya lo ves;
soy una mujer perdida;
olvídame, y en tu vida
te acuerdes de mí, Ginés.

GINES. Dí que no me quieres.

ROS. Oh!
no digas que no te quiero
si mi soledad prefiero
á hacer tu desdicha.

GINES. No.

ESCENA VIII.

DICHOS, el MÉDICO.

MÉDICO. Muy buenas tardes.

GINES. Muy buenas.
MEDICO. Qué tal vamos?
GINES. No va mal.
MEDICO. Y nuestro enfermo?
ROS. Mejor;
creo que está regular;
distingue ya las facciones,
y habiendo gran claridad,
casi ve.
MEDICO. Bueno, muy bueno:
váyale usted á avisar
que estoy aquí.
ROS. Voy al punto.
GINES. No, deja, yo voy allá.

ESCENA IX.

MÉDICO, ROSARIO.

MEDICO. (Esta es la ocasion.) Y usted,
niña, qué tal?
ROS. Yo?
MEDICO. Qué tal?
ROS. Bien, muy bien.
MEDICO. Pues, sin embargo,
no sé qué noto en su faz...
no tiene usted crispatura?
no siente debilidad
en el cerebro? latidos
en el corazon?
ROS. Asaz
latió, pero ya no late,
está muerto.
MEDICO. Algun pesar...
ROS. Pesar de muerte, y por eso
le mató y no late ya.
MEDICO. (Bien decia yo.) Hija mia,
sólo por curiosidad,
tosa usted.
ROS. (Tosiendo.) Ejem!
MEDICO. Más fuerte.
ROS. Ejem, ejem!

MEDICO. (Si será?...)
Perfectamente, muy bien;
á ver el pulso? (Pulsándola.) (Fatal!)
Usted me permite, niña,
sencillamente aplicar
este instrumento á su pecho
para oír el ruido?

ROS. Sí tal.

MEDICO. (Justo, ahí está la aneurisma!
Tan jóven! tan bella! ah!...)

ROS. Se ha puesto usted triste?

MEDICO. No.

Se debe usted de cuidar
mucho, dejar los pesares,
ir al campo, á la ciudad,
distraerse, divertirse,
hacer la vida animal,
ir en burro, tomar baños,
sobre todo, no pensar...

ROS. Pues qué, estoy mala?

MEDICO. No, mala

precisamente, no; mas
cierta predisposicion...
Usted ha tenido un gran
paréntesis en su vida...

ROS. Sí señor.

MEDICO. Y ahí está el mal.

Oh! don Pedro, cómo vamos?

ESCENA X.

GINÉS, D. PEDRO, SIMONA, MÉDICO, ROSARIO.

PEDRO. Así, así; regular.

MEDICO. Á ver los ojos? Hay poca
luz; oscureciendo está.

PEDRO. Pascual? una luz.

PASC. (Entrando.) Ya iba
á traerla yo.

PEDRO. Pascual?...

ESCENA XI.

DICHOS, PASCUAL, con capa, y luces.

PEDRO. Cómo de capa?

PASC. La capa?

me la he puesto para estar
más decente, ya se ve,
porque la solemnidad...
pues!

SIMONA. Me ha pedido licencia,
y se la dí, de alumbrar
al Viático de la chica
de Silvestre, y allá va.

PASC. Justo: ustedes mandan algo?

SIMONA. Nada; que vayas en paz.

ESCENA XII.

DICHOS, menos PASCUAL.

MEDICO. Triste es un Viático; pero
no lo puedo remediar;
la chica está de peligro,
y en un momento se va;
que lleve los Sacramentos,
que no están nunca de más.
Vamos á ver esos ojos;
hola! parece que están
mucho ménos irritados.
No llora usted?

PEDRO. ¿Qué es llorar?

Ahora rio, tengo aquí
toda mi felicidad,
dentro de mi propia casa,
y eso... me hace ver más;
mi vista flaquea, es cierto,
mas tambien mi mucha edad...
setenta y tres años viendo,
los ojos se han de cansar;
esto es que quieren cerrarse

- por toda una eternidad.
- GINES. No diga usted eso.
- ROS. Abuelo!
- SIMONA. Pedro!
- MEDICO. No sea usted tan...
materialista.
- PEDRO. Es posible
que tire un par de años más;
poco importa, el fin, el fin
muy poco debe tardar.
Confío en Dios: que de Dios
se cumpla la voluntad.
- MEDICO. Voy á escribir la receta,
si hay un papel...
- SIMONA. Aquí está.
- MEDICO. Es un colirio muy simple,
solamente para dar
más fuerza; está usted muy bien,
cuanto le es posible estar.
Y con permiso de ustedes,
porque el tiempo se me va, (Mirando al reloj.)
quisiera hablar al señor. (Á Ginés.)
- PEDRO. El oncenno no estorbar:
vamos nosotros adentro;
adios, doctor.
- GINES. (Qué querrá?)

ESCENA XIII.

GINÉS, el MÉDICO.

- GINES. Ea pues, ya estamos solos,
hable usted pronto, doctor,
porque impaciente me encuentro
por saber la causa.
- MEDICO. No
se impaciente usted, no tiene
que ver nada esta cuestion
con la personalidad
de usted; vaya, no señor,
sino que, como yo digo,
en las ocasiones son

buenos los amigos.

GINES. Y...

MEDICO. Y esta es la ocasion mejor
de servir á esta familia,
de quien, ó me engaño yo
mucho, ó es usted amigo.

GINES. Sí, su amigo, es decir, soy
casi un hijo.

MEDICO. Justamente
me lo prueba ese calor.

GINES. Don Pedro... está de peligro?

MEDICO. No, en cuanto al viejo no...
verá más ó verá ménos,
es al cabo setenton...
es la muchacha.

GINES. Rosario!

MEDICO. Tiene una aneurisma atroz,
precisamente situada
muy cerca del corazon,
y á la menor pesadumbre,
á la irritacion menor,
se rompe y se muere.

GINES. Qué oigo!

MEDICO. Es un milagro de Dios
que viva: ella, por supuesto,
no sabe su situacion,
yo no la he dicho... ahora usted
con prudencia y sin calor,
les previene, les indica
que deben tener los dos
mucho cuidado con ella,
que á la menor emocion
pueden perderla.

GINES. Ah! Dios mio!

MEDICO. Lo dicho dicho, con Dios.
Que se confiese á menudo,
porque al fin más vale...

GINES. Oh!

MEDICO. Que la pille confesada;
así como una ó dos
veces cada mes, y cúmplase
la voluntad del Señor.

(Más vale que les dé el trago
este mozo, que no yo.)

ESCENA XIV.

GINÉS, solo.

Morir! dejar de existir!
sí, tal es la ley humana:
pero no hoy ni mañana,
sino despues de lucir...
Cómo la voy á decir...
oh! yo debo de callar;
cómo la he de persuadir?...
Aquí está, me hace temblar
el mirarla sonreir.

ESCENA XV.

GINÉS, ROSARIO, PEDRO, SIMONA.

- ROS. Se ha acabado ya el secreto?
GINÉS. Sí; no era secreto, era
preguntarme...
PEDRO. Lo que quiera
que fuese, yo lo respeto.
Ahora, pues Dios nos envia
la paz de que disfrutamos,
mientras que gracias le damos,
lee tú, Rosario mia;
sienta, Simona; Ginés,
sientáte tambien aquí.
Tienes ahí la Biblia?
ROS. Sí.
PEDRO. No te detengas, lee pues.
ROS. Yo quisiera ántes aquí
pedir á ustedes consejos.
PEDRO. Habla.
ROS. Á ustedes dos por viejos.
porque me quieres, á tí.
El Marqués...
PEDRO. No me le nombres;
no en vano te hice jurar

que no habias de mentar
al que es más vil de los hombres.

ROS. El Marqués está aquí.

GINES y SIMONA. Aquí?

PEDRO. Fraguando un nuevo delito.

Qué es lo que quiere?

ROS. Me ha escrito.

PEDRO. Y qué es lo que dice, dí?

ROS. Aún no lo sé, y juro á Dios
que nunca esta carta abriera
mi mano, como no fuera
delante de ustedes dos.

Ya que con piedad de mí
han contenido mi muerte,
decidirán de mi suerte;
esta carta dice así:

»Rosario, el hado contrario

»á tí me empuja y me guia;

»ayúdame en mi calvario,

»sé tú la esperanza mia,

»no me abandones, Rosario.

»Te quise y te abandoné

»por correr tras la grandeza,

»y solo el dolor hallé

»en la dorada riqueza

»con que insensato soñé.

»Y en mi desesperacion,

»en vano me aflijo y lloro,

»pero imploro tu perdon,

»Rosario, porque te adoro

»con todo mi corazon.

»Loco el mundo recorri

»con ardiente frenesí,

»mas conmigo por contrario,

»porque era siempre, Rosario,

»mi corazon para tí.

»Yo olvidarte queria,

»y á impulso de Satanás,

»cuanto más ciego corria,

»ay! Rosario, conocia

»que te amaba más y más.

»Dónde acudir? ay de mí!

»rico era cuando te ví,
»hoy soy pobre y sin fortuna,
»y ya no espero ninguna
»como no venga de tí;
»de tí, puro ángel del cielo,
»serafín de mis amores:
»olvida añejos rencores,
»y cual los hijos mejores
»yo obedeceré á tu abuelo;
»y, como lo deseára,
»postrado cual ante el ara
»á las plantas del anciano,
»besaré humilde la mano
»que me ha cruzado la cara.
»Qué más? qué más puedo hacer?
»Cómo puedo no obtener
»el perdón de mi pecado,
»diciéndote arrodillado:
—»Rosario, sé mi mujer?—
»Si tu corazón se humana,
»si no es mi esperanza vana,
»y si licencia me das
»para ir á verte, pondrás
»una luz en tu ventana;
»y si es que para el favor
»de perdonar mi delito,
»hijo de mi ciego error,
»intercesor necesito,
»yo pongo mi intercesor,
»por él y ante un Crucifijo,
»te ruego, si es necesario,
»que me perdones te exijo,
»Rosario, por nuestro hijo,
»por nuestro hijo, Rosario.»
Por él! Cuando yo sentí
la primer vez que él vivía;
cuando yo noté que había
un ser que vivía en mí,
le dije—estoy deshonrada!—
y él respondió,—¡vive el cielo!
y yo vengado, tu abuelo
me ha dado una bofetada.—

Partió y no le volví á ver;
supe luego á mi despecho,
que casi estaba ya hecho
su enlace y otra mujer.
Estaba echada mi suerte,
y á no ser por el cariño
de aquel inocente niño,
me hubiera dado la muerte.
Y aunque tanta humillacion
era, y era la verdad,
castigo á mi vanidad,
desengaño á mi ambicion,
á no tener por escudo
á mi hijo, hijo querido,
oh! yo no habria podido
soportar golpe tan rudo.

GINES. Tú le adoraste quizás...

ROS. Yo no dí al amor entrada,
cedí al suyo... fascinada,
enamorada jamás!

Jamás á mi corazon
ha llegado por fortuna;
á su lado, siento una
especie de repulsion
imposible de vencer,
que es muy superior á mí;
siendo esto así, y es así,
cómo le puedo querer?

GINES. Pues eso es ya ser cruel,
y quererle es necesario.

PEDRO. Qué estás diciendo? Rosario...

GINES. Debe casarse con él.

Yo la adoro, yo me iré
donde... donde quiera Dios,
porque verlos á los dos
unidos, no los veré;
pero el que mi corazon
se rompa á tal sacrificio
no importa para que el juicio
aconseje la razon.

Rosario, tú estás perdida;
el hombre que te deshónra

te puede volver la honra,
y la honra, es más que la vida.
Ábrele á ese hombre la puerta:
olvida sus malas artes,
mujer, y vé á todas partes
con la cara descubierta.
Y muy contenta... de fijo
estarás; sí, por mi fé,
porque de ese modo, le
has dado un padre á tu hijo.
Dale mil besos por mí;
y si piensas en mí, piensa
por única recompensa
que Dios te ha clavado aquí,
(Señalando el corazón.)
y que de aquí no saldrás
entre tanto que yo aliente;
puedo dejarte, corriente,
pero olvidarte jamás.
Adios, nada entre los dos
queda ya... sé muy dichosa.
Adios, hermosa! ay, qué hermosa,
qué hermosa que te ha hecho Dios!
(Ahora pongo á la ventana
una luz, así vendrá.)
Adios.

PEDRO. Qué? te marchas ya?
ven mañana.

GINES. Sí, mañana.

PEDRO. Posible es que se arrepienta,
caso de ser verdadero
todo lo que afirma; pero
quién te dice que no mienta?
Hay tiempo de responder
á esa carta maldecida.

GINES. (¡Este amor era mi vida
y no he de volverla á ver!)

ESCENA XVI.

DICHOS, el MARQUÉS.

- MARQ. Rosario, esa señal cierta...
ROS. Él... ay! Jesus!
(Cae dando un grito agudo, con las manos en el pecho.)
- SIMONA. Qué te da?
Rosario... Rosario... está muerta!... muerta!...
- PEDRO. Que está muerta?
no es posible; no respira... (Acercándose.)
Rosario, mi angustia es mucha...
escúchame... no me escucha;
mírame... ay! Dios! no me mira.
- GINES. Sí, yo la he muerto, estoy cierto;
no pudo tanta emocion
soportar su corazon,
y se rompió; yo la he muerto. (Desesperado.)
- PEDRO. No tú; porque á Dios le plugo
la amaras más que á tu vida.
Usted ha sido su homicida, (Al Marqués.)
usted ha sido su verdugo:
no me mire usted así,
pues con toda esa arrogancia,
es muy grande la distancia
que media de usted á mí.
Qué ridícula figura
mirada en cualquier espejo;
quién no se rie de un viejo
lloron por añadidura?
Pero ese viejo lloron,
con tantas ridicuieces,
tiene más que usted mil veces,
mil veces de corazon.
Marcando su impura huella,
que mancha por donde pasa,
ha infamado usted mi casa
y entrado la muerte en ella.
Ya puede usted ir su suerte

en otra parte á buscar,
porque ahora este lugar
pertenece ya á la muerte.
Rosario... Helada tu mano,
ay! Dios, quién me lo diría,
que te sobreviviría,
tan enfermo y tan anciano!

MARQ. Su hijo, es mi hijo...

PEDRO. Qué?

Hable usted dél con respeto,
el hijo suyo es mi nieto,
no tiene nada de usted.

MARQ. Muerta ya su pobre madre,
un tierno padre seré.

PEDRO. Con un padre como usted
más vale que esté sin padre. (1)

MARQ. Ah!

PEDRO. No despreciará á quien
desde niño le ha criado.
Déjele usted á mi lado,
y será un hombre de bien.
Y huya usted, la ira me abrasa,
ántes que cual rara prueba,
ese cadáver se mueva
y le arroje de esta casa;
huya usted, ántes que tome
la ira de Dios incremento
y se conmueva el cimiento
y su techo se desplome.
Tan solo hay entre los dos
lazos de rencor y encono... (Con horror.)

MARQ. Perdon! (De rodillas.)

(Se oye la campanilla del Santísimo Viático.)

PEDRO. Sí, sí... yo perdono.

PERDONAR NOS MANDA DIOS.

(Se vé por la reja el acompañamiento del Viático y se oye la campanilla.)

(Ginés y Simona, junto al cadáver de Rosario; el Marqués á los piés de D. Pedro. Cuadro.)

(1) *Casos del mundo*, por Doña Benita Guijarro.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

COMEDIAS.

Mi mamá.
Marica-Enreda. (Con D. Juan Dot.)
Las Fiestas de Madrid. (Con D. Cayetano Suri-
calday.)
La boda de Quevedo.
¡En crisis!
Un Huesped del otro mundo.
Con el Diablo á cuchilladas.
El alma del rey García.
Sin prueba plena.
Un hombre importante.
Don Tomás.
El reló de San Plácido.
La calle de la Montera.
El querer y el rascar...
Los infieles. (Con D. Luis Mariano de Larra.)
El amor y la Gaceta
El todo por el todo.
Á la puerta del cuartel.
El bien tardío. (Segunda parte de el Loco de la
guardilla.)
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas. (*Refundicion.*)
La Oveja descarriada.
Las dos hermanas.
Todos al baile.
Dos Napoleones.
Perdonar nos manda Dios.

ZARZUELAS.

Zampa. (Con D. Miguel Pastorfido.)
Harry, el Diablo. (Con D. Miguel Pastorfido.)
El último mono...
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Don Genaro.
La edad en la boca.
Una historia en un meson.
El Loco de la guardilla.
Luz y sombra.

